

CÓMO HACER TEORÍA DESDE EL PENSAMIENTO EPISTÉMICO: “Un Reto Para Las Ciencias Sociales”

HOW TO DO THEORY FROM THE EPISTEMIC THOUGHT: “A Challenge For The Social Sciences”

Por: Iván Cadavid

Candidato a Doctor en Filosofía, Universidad de Navarra
Abogado, Universidad Cooperativa de Colombia
Licenciado en Filosofía y Teología, Universidad Mariana
zhefiros@yahoo.com

RESUMEN

Uno de los graves problemas que afrontamos al investigar es que pocas veces llegamos a resignificar la teoría. Considero que esto se debe primordialmente, porque damos por hecho lo que precisamente queremos investigar. En este artículo propongo una forma de asumir el lenguaje desde sus funciones predicativa y conceptual, para posteriormente, a partir de la resignificación del lenguaje como eje de las teorías, asumir una posición de investigación de carácter epistémico, capaz de afrontar contextualmente el constante devenir de la sociedad y, como consecuencia, llegar con esto a resignificar la teoría. Para tal efecto, el texto sufrirá una metamorfosis teórica en su pequeño cuerpo, al pasar de las consideraciones ontológicas del lenguaje a las faenas técnicas de la investigación social.

PALABRAS CLAVES

objeto, concepto, predicación, ontología, teoría, epistemología, investigación.

ABSTRACT

One of the serious problems that we confront on doing research is that rarely we reach the re-meaning of the theory. I think that this is basically due to giving for fact, what precisely we want to investigate. In this article I propose a way of assuming the language from its predicative and conceptual functions, to, later, from the resignificance of the language as axis of the theories, assume a research position of epistemic character, capable of confronting the frequent social development in context and as consequence, re-mean the theory. For such an effect, the text will suffer a theoretical metamorphosis in its small body, on having gone on from the ontological considerations of the language to the technical tasks of the social investigation.

KEY WORDS

object, concept, predication, ontology, theory, epistemology, research

“...en los lenguajes humanos no hay proposición que no implique el universo entero; decir el tigre, es decir los tigres que lo engendraron, los ciervos y tortugas que devoró, el pasto del que se alimentaron los ciervos, la tierra que fue madre del pasto, el cielo que dio luz a la tierra”.

Jorge Luís Borges.

La predicación del objeto en su función nominativa y en su función adjetiva, implica de algún modo y, como lo expresa Borges, el universo entero, o mejor si se quiere, la totalidad de la realidad. Esto por cuanto existe una relación sustancial de identidad entre el objeto y el predicado y, colateralmente con ella, una sucesión ontológica que precede el acto mismo de existir y de la cual no puede escapar nuestra comprensión del mundo, tal como lo entenderíamos si decimos que el *perro* es *furioso*, en cuya predicación respecto del sujeto se ha establecido una relación de representación del mundo, desde la cual se sirve el pensamiento para rediseñar todas sus estructuras interpretativas de construcción y deconstrucción de los objetos que hacen parte de la realidad. De este modo, si decimos que al objeto “*perro*” le hemos añadido el predicado *perro* en su función sustantiva o nominativa y, a la vez *furioso*, en su función adjetiva, hemos ya implicado del mismo modo, que una sola gota *implica* el océano, el universo entero.

En tanto, la ubicación que hace la mente de un concepto bajo su función predicativa, es distinta de la que hace si la función es sustancial ontológica, pues el predicado, como en este caso *furioso*, nos lleva a pensar un sinnúmero de posibilidades apelativas de la realidad y desde allí, la realidad misma como una estructura de tipo descriptivo; es decir, que responde a una forma de ser en el mundo, o si se quiere, de estar en él y sin la cual sería imposible recurrir a la diferenciación de los objetos, como por ejemplo: ¿por qué es *furioso*? o, ¿qué quiere decir *furioso*? o, ¿cuándo es *furioso*?; y hasta, ¿sólo el *perro* es *furioso*?, etc., lo que irremediamente nos llevaría a considerar todos los elementos del mundo que por la extensión de nuestro lenguaje podríamos vincular a esta descripción, bajo éstas y otras cuestiones de *furioso*.

Por su parte, en la sucesión sustancial ontológica de la que hablamos, el objeto, en este caso *perro*, constituye una realidad cognitiva diferente y radical, pues su desarrollo como sustancia o como idea de la sustancia, no tiene que ver con la descripción de los objetos que hacen parte del mundo, sino de los objetos mismos que están en él. Como por ejemplo: ¿existe el *perro*?; ¿de dónde procede su existencia?; ¿de dónde procede de quien procede?, y en contravía a estas inducciones, ahora por deducción: ¿qué más procede de ese principio originario?, o lo que es igual: ¿qué más ha sido de él originado?

De este modo, la predicación categoriza al objeto del que se predica y la predicación es al objeto esencial, hasta tanto no la tomemos como un objeto sustancial. Mientras que el objeto, además de ser por sí sustancial, lleva a pensar sustancialmente en los objetos, sin preguntarnos por sus características, sino única y exclusivamente por su existencia.

Esta primera relación basada en la predicación se constituye en una forma de existente, que como quedó expuesto, afirma algo de un sujeto y es, por tanto, una proposición que, para el pensar del hombre, no puede vivir independiente del universo entero.

Pero además de esta primera relación, coexiste con ella en la mente del hombre, la relación basada en el concepto, entendido éste como una adecuación representativa intelectual de los objetos y de la cual se predica, en primera instancia, el conocimiento.

Dicha relación concepto–objeto no admite la univocidad por dos razones: porque existen objetos con varios nombres y por ende su concepto se torna oscuro como en la sinonimia y a *contrario sensu*, existen conceptos para varios objetos como en la homonimia y polisemia. Pero a su vez, busca la identidad, pues trata de develar por medio del concepto la realidad entitativa del objeto, con lo cual eliminaría en la mayoría de los casos la sinonimia y la homonimia y polisemia.

Con esto no se descarta la posibilidad de encontrar el concepto por medio del lenguaje, ni de la adecuación predicativa tal como quedó expuesto, sino precisamente todo lo contrario, pues se trata de encontrar, por medio del lenguaje, la profun-

didad trascendental del concepto como elemento universal de develación del ente.

Para dicha tarea es necesario encontrar una forma de lenguaje que revele los entes, no de una manera arbitraria nominativa, sino de forma descriptivo- nominativa. Es decir, que para nombrar un objeto, se le debe buscar un nombre desde la descripción de sí mismo, pues esto corresponde a su realidad entitativa y por tanto, a su consistencia conceptual.

Sin embargo, esta ordenación del predicado al sujeto, sumado a la necesidad de un concepto para la comprensión de un objeto, conlleva a una interpretación del mundo que sólo puede abarcarse desde una concatenación de palabras y conceptos, organizados del mismo modo que un tejido, donde cada hilo cumple una función *constructural* respecto de la totalidad del sentido.

De este modo, el mundo, para quien busca entenderlo, termina siendo siempre un texto; y un texto cuando no es propio es un enigma, pues se presenta como una cuadrícula donde ha quedado sujeta una representación de la realidad, que a su vez expone y oculta la visión psicológica que tiene el autor del mundo y de los objetos.

Esto nos coloca en una constante situación de interpretación de signos, pues si bien de un lado tenemos el mundo o la realidad que se busca, de otro, el mundo como *lo* percibimos que se nos presenta; y de otro aún más oscuro, el mundo que es, pues si bien no podemos pensar en algo que no es, que por lo menos no existe como concepto, tampoco podemos asegurar, en la constatación de la diversidad óptico-ontológica, que lo que es, y es pensado, sea como lo interpretamos, y que si bien a decir de Sartre¹, el objeto se devela como él es, puede que nuestra interpretación sea errónea.

Ante tal situación semiótica cuyo condicionante de verdad es la realidad misma percibida, el hombre en su investigación se convierte en un descifrador e intérprete de la realidad que percibe. Primero porque esa percepción de la realidad, como acabamos de anotar, consiste en contemplar algo que es, que ocupa un lugar en el mundo y que, al ocupar ese lugar, ha adquirido una forma determinada, especí-

fica y concreta, conjurando de sí toda contingencia y cumpliendo una función estrictamente sustancial, pues simple y llanamente, ese algo es lo que es. Segundo, porque ese algo se presenta al hombre por medio de su esencia y el hombre lo capta por los sentidos. Es un *esse est percipi* como lo llamaba Berkeley², lo que quiere decir que se construye una imagen de él a través de los sentidos, pues el objeto sigue ocupando su lugar en el mundo y no se mueve de allí, como al parecer lo expresa la gnoseología cuando expone la relación clásica del conocimiento, ni tampoco el hombre percibe la esencia del objeto, la cual le pertenece de una manera *constructural*, y está con la sustancia en todo momento, no puede separarse de ella, pues existir, es existir de modo concreto³.

En tanto, lo que se percibe del objeto no es su esencia, sino su apariencia, que son las adecuaciones interpretativas con las que el hombre intenta develar la esencia de los objetos. Para develarla requiere de nuestro tercer elemento: la interpretación, consistente en la traducción para sí, que se hace de lo percibido, pues el hombre cuando se encuentra con la esencia del objeto que está allí, es decir en el mundo, trata de aprehenderla, esto es, de interpretarla; y para tal efecto, predica algo de ella y, la categoriza para que pueda entrar en su mundo. Al predicar de ella le está confiriendo, en el sentido aristotélico, una cualidad, que como se dijo, es la interpretación de la esencia, pero para la cual –ineludiblemente– requiere el hombre de cierta porción del lenguaje que le permita, además de abarcarla y describirla, relacionarla, como en el caso del amarillo respecto del coche.

Así pues, quien trata de entender el mundo, en su cotidiana tarea de interpretación de la realidad, se ve avocado a construir un nuevo texto, porque una interpretación del mundo es **sobre todo** un texto, incitando a escribir uno nuevo, con una vocación

¹ SARTRE Jean Paul. *El ser y la nada*. Edit. Losada. Buenos Aires 1980. P 7

² BERKELEY George, *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Edit. Gredos. Madrid 2003

³ Pues si así fuera, si el hombre percibiera la esencia del objeto, implicaría una total identidad entre el cognoscente y conocido, por lo cual todo lo que el hombre captaría sería verdadero, cayendo entonces en un dogmatismo absoluto que no daría lugar siquiera a la duda.

en sí a ser llenado, a ser completado; en otras palabras es un constructo con infinitud histórica que está llamado a ser llenado en el tiempo; es decir, es a la vez un contexto.

De este modo podemos ver que la relación existencial entre el hombre y el mundo, puede ser también una relación interpretativa y, que si bien el hombre vive en el mundo, también piensa en él, pues aunque vivir es sustancialmente correlativo a su existencia, pensar es fundamentalmente cualitativo a su esencia.

Con el pensamiento, el hombre se relaciona con el mundo y le imprime una forma de ser, que determina su manera de vivir; de modo que, pensar puede ser una ontología que revela el mundo o una psicología que trata de entenderlo, pero que sin embargo y a fin de cuentas, dado que es la herramienta que tenemos para aprehender el mundo, pensar es una entelequia, un *cognitatio*, es decir toda actividad de la mente.

Ahora bien: el hombre, cuando piensa en el mundo que vive y con el cual se relaciona, se encuentra de inmediato en el campo de las ciencias del espíritu y por ende con la epistemología, desde la cual afronta un problema radical: la interpretación de la realidad, no de manera metafísica, sino como forma social que hace alusión a un momento histórico que ineludiblemente involucra el momento actual y que en consecuencia vincula interpretaciones ajenas de la misma, por lo que si se dice que la realidad social tiene *múltiples significados*, es porque la sociedad es un conjunto desordenado de sujetos, donde cada uno es receptor y emisor de múltiples conceptos, de tal suerte que una interpretación a un signo depende del significante, es decir del sujeto, o de varios sujetos que, convencionalmente, le hayan asignado una interpretación determinada a un signo.

Así las cosas, podemos concluir que la percepción de la realidad social no es estable, que su interpretación generalmente respecto de un conglomerado es equívoca y la univocidad de su expresión tan sólo puede radicar en el seno de una teoría, pues las teorías fijan la realidad a su bagaje conceptual y dan por hecho, como hace la predicación científica, que

a cada palabra le corresponde un objeto y viceversa, sin dudar de la correlación *cosustancial** entre estos.

Pero si la intención es realmente conocer e investigar, habrá que dudar de dicha correlación, pues, conocer es develar la realidad conceptualmente, e investigar es resignificar el mundo. Recordando a Foucault cuando dice que “la proposición es, con respecto al lenguaje, lo que la representación con respecto al pensamiento”⁴, se hace necesario por tanto, reconstruir una teoría de tipo epistémico que conciba la realidad como un fenómeno en sí y no como un conjunto de apariencias que al no ser, ocultan y envuelven el ser que es.

Para tal efecto, el primer reconocimiento del que nunca debe prescindir el investigador en las ciencias sociales, es de que existe un desajuste, un desfase entre la teoría que expresa una realidad y la realidad misma, porque ésta es mudable, va cambiando constantemente diluida en el tiempo y el ritmo de la realidad no es el ritmo de la construcción conceptual.

Lo que cabe preguntarse, entonces, es si, ¿faltará lenguaje para comprender la realidad?, es decir, ¿es mayor la totalidad de la realidad que la porción del lenguaje?, ¿habrá forma de solucionarlo? o acaso, ¿nunca podrá abarcarse?

Si esto último es así, o si bien, la velocidad vertiginosa de la realidad no puede ser tomada por el lento caminar de la conceptualización, podemos creer que el desajuste se da, porque la teoría es insuficiente respecto de la realidad.

Sin embargo, este problema ha sido subestimado en Latinoamérica en general, cuando en realidad es de grandes dimensiones, ya que además de lo expuesto anteriormente pone en entredicho nuestro quehacer docente, dado que un conocimiento descontextualizado equivale a una carencia del mismo, pues no existe concordancia entre el sujeto y el objeto que es la realidad.

* La referencia a la *cosustancialidad* expresa la complementariedad entre éstas, y no la conferencia de sustancia independientemente.

⁴ FOUCAULT Michel, *Las palabras y las cosas*. P. 97

Pero, y ésta es una situación de extremo cuidado, el problema no se da por la falta de abordaje del mismo por parte de los teóricos sociales, sino porque algunos (los especialistas de cada área social como el psicólogo, sociólogo, antropólogo, abogado, administrador de empresas, comunicador social, periodistas, etc.) han pensado que este asunto sólo confiere a los filósofos, delegando así, un problema que, por su naturaleza e importancia conectiva con la contextualización y el lenguaje, es indelegable. Sobre este punto podemos inferir unas consecuencias de fundamental importancia: la primera es que una teoría foránea no comunica nuestra perspectiva intelectual respecto de la realidad; la segunda es que nuestra cosmovisión y por tanto nuestra identidad de pueblo indoamericano y latinoamericano se ven menoscabadas y diluidas en esquemas ajenos de interpretación y expresión; y la tercera es, que debido a nuestra estructura mental, nuestra estructura social y política, al ser importada, es también en cuanto a responsabilidad, extranjera y al serlo, es indelegable a sus protagonistas.

La pregunta que surge al respecto y sobre la cual me parece fundamental recaer, es ¿cómo crear una teoría que no sea foránea?

Primero, se asume la realidad de manera objetual, pues en el objeto como se ha explicado, recae y se expresa la realidad. Del mismo modo en el objeto se posibilita la teoría como una fijación conceptual descriptiva de los mismos y en él se da también, la develación del ser mediante la constatación del ente.

Segundo, la percatación del ser como un acto inmediato y de pre-conciencia, que conjura la infinitud cartesiana entre el que piensa y lo pensado y quien piensa lo pensado de quien piensa y así sucesivamente hasta el infinito, se hace necesaria en nuestra elaboración teórica, para luego, por medio de la conciencia refleja o reflexiva, pensar en los entes que se han revelado a partir de su ser para admitir la posibilidad de las múltiples interpretaciones metafísicas, es decir, del ser que está siendo de una determinada manera en el mundo y que tratamos de entender mediante el pensamiento.

Y, tercero, la aceptación de la falsación, en términos de Popper, como una posibilidad constante de

reformulación y acercamiento a la interpretación del ente por la mente de quien lo contempla.

Luego de estas disposiciones mentales y, dado que tanto el pensamiento teórico como el pensamiento epistémico son posiciones del sujeto frente a una realidad, el esquema que debe resolver la dialéctica entre la teoría y la realidad debe poner por base ésta y como constructo aquella, de modo que si la base cambia, la teoría consecuentemente cambia; por cuanto la gesta corresponde a la realidad, no a la teoría. Así, la primera cumple una función estructural: resuelve y resignifica la segunda, que cumple una función constructural. De este modo mientras en el pensamiento teórico la dialéctica se expresa como teoría – realidad – teoría, en el epistémico se expresa: realidad – concepto – realidad.

Para que esto sea posible es necesaria una perpetuación de la incógnita en la mente del investigador, de manera que se encuentre frente a la realidad en actitud de duda previa, puesto que ésta no es una actitud teórica, sino epistémica, donde el sujeto, al separarse de la teoría y de todo prejuicio, empieza al fin a asumir una verdadera posición investigativa.

Posteriormente, la forma como se resuelve la relación del pensamiento con esa realidad que se quiere nombrar, es lo que marca la diferencia. Es decir, que en el pensamiento epistémico, para interpretar la realidad, primero va el concepto y luego el adjetivo, de tal modo que la descripción de un concepto o nombre, se hace a partir de un estudio constante de los hechos y características que lo develan. En consecuencia, nuestra realidad descrita y enunciada, según sea el objeto de las ciencias sociales, se torna en un quid dinámico que admite la flexibilidad y el cambio, para que no se tenga que adecuar la realidad a la palabra, dejando, como siempre ha pasado, en la máxima oscuridad al concepto.

Ahora bien, para no carecer de contenido y a su vez poder comunicarlo, se debe teorizar, (es decir, empezar a hacer constructos convencionales de comprensión, a medida que se va resignificando la realidad) por cuanto una teoría construye proposiciones precisas, que al ser adjetivas, predicen algo de una realidad a partir del concepto y el concepto en sí, ya tiene contenido.

Sin embargo, para no caer en el problema que aquí se denuncia de construir sendas teorías que no corresponden a la realidad, es necesario teorizar a partir de la pregunta, no del predicado. Es decir: a partir de la hipótesis, que es el fundamento del espíritu científico y deja abierta la constante posibilidad de la duda acerca del ente que devela el ser, pensando aun en contra de la misma razón y replanteando lo que en otro tiempo pudo ser cierto y útil y tal vez ya no lo es.